

La amistad de Frank y Mariátegui

A propósito de la visita de W. Frank a la Argentina

(En el Rep. Amer.)



José Carlos Mariátegui

(Por Enriquez)

Para Waldo Frank, Mariátegui es el "nuevo americano". Le dedicó siempre palabras de hondo afecto y, lo que no es menos importante e interesa más a nuestra finalidad, procuró siempre comprenderle. Lo consiguió sin esfuerzo, y tanto, que escribió esta apreciación muy acertada: "En Europa adquirió un místico sentido del destino del Nuevo Mundo. Su método aspiraba a ser preciso y despiadado como el de Lenin, porque sabía que sólo dominando una técnica, por lo menos tan perfecta como la de construir casas, se podía recrear un mundo. Y sabía también que los materiales necesarios para su creación tenían que ser los valores indígenas maduros de la vida americana y que a estos valores había que dejarlos crecer como criaturas vivientes. . . Y era como si el constructor de una casa tuviese primero que cultivar los árboles para cortar la madera. Con ojos nunca desviados del fin de la revolución, Mariátegui se dedicó a buscar los materiales vivientes que necesitaba esta revolución, los cuales, por su naturaleza intrínseca, provocarían la revolución que él buscaba". Esto afirma en *América Hispana*—libro que dedica a Mariátegui—el escritor que hoy nos visita otra vez. La relación de ambos constituye un capítulo de la vida del joven amaúta peruano. Frank le visitó en Lima cuando José Carlos, a instancias de su amigo Enrique Espinoza, se disponía a emprender viaje a nuestro país. El afecto del norteamericano constituyó un poderoso estímulo para aquel muchacho ya definitivamente señalado por la adversidad. Waldo Frank atribuía al viaje de José Carlos la simbólica importancia de una comprensión intelectual entre los países americanos del Pacífico y del Atlántico y creía hallarle analogía con la acción de Bolívar y San Martín, claro está que en otro plano.

De su parte, Mariátegui juzgaba a Waldo Frank con estimación y comprensión parejas. "El sentido de la realidad no perjudica su lirismo. Este exaltador del poder del espíritu sabe afirmar bien los pies en la materia. Su obra prueba concreta y elocuentemente la posibilidad de acordar el materialismo histórico con un idealismo revolucionario". Vale decir, Mariátegui, llevado del afecto, prefería subrayar los aspectos afines del pensamiento de ambos, sin hablar de las discrepancias, para usar su propio término.

Quiero decir, para ser más explícito, que

la admiración común se basaba también en un desacuerdo, polémicamente. Waldo Frank veía en Mariátegui sobre todo al adepto de los mitos y de la mística soreliana y este aspecto del pensamiento del joven pensador peruano le hacía admirable y digna de cariño su ortodoxia política. El lado más débil de Mariátegui—el filosófico—resultábale a Frank el más fuerte. Claro está que por conocimiento y convicción, por idealismo filosófico, no por mero rechazo de prudente precaución. "Porque Mariátegui es un revolucionario sin ser un mecanógrafa; y es un artista, un actor de belleza—dice Frank—sin ser un puro esteta. En él se realiza el milagro de esposar la causa de la humanidad sin negar la causa del alma individual, cuya muerte tendría que significar también la muerte de los hombres en la masa. Y sólo este sutil milagro puede salvar al movimiento revolucionario, embebido trágicamente en los venenos ideológicos del enemigo, el mundo de la anarquía capitalista y de la democracia rebañega".

Por caminos distintos y a través del obstáculo común de suponer una incompatibilidad entre el espíritu y la materia, entre la masa y el individuo, Frank y Mariátegui llegaban a una conclusión semejante. El acuerdo promovía el entusiasmo de José Carlos. Pero éste defendía con ardorosa sinceridad su "discrepancia", esto es, su aceptación incondicional del materialismo dialéctico del "profeta de Tréveris", como llamaba a Carlos Marx. No llegó sin embargo, a dominarlo ni exponerlo con la seguridad de Mehring, Plejanov o Labriola y de ahí el equívoco idealista a que se presta a veces su obra. Pero esencialmente, Frank penetraba en el espíritu de Mariátegui al advertir que éste no aceptaba la vulgaridad del sectarismo petrificado.

La lectura de unas páginas de Frank en *Europe*, llevaron a Mariátegui a meditar en la relación entre Europa y América. Juzgaba al norteamericano su "hermano mayor" por haberle inspirado con su ejemplo ese examen del americano que se nutre de una cultura añeja y siente la insatisfacción del que aspira a crear un pensamiento propio original. (Dejemos de lado, de momento, si el ambiente y las condiciones materiales de América permiten cumplir tamaña empresa histórica, limitándonos a exponer, objetivamente, una inquietud y un anhelo). Mariátegui explicó el motivo de su cariño por Frank al darle la bienvenida en Lima con un artículo autobiográfico. Debía ser autobiográfico porque la razón más íntima de aquella simpatía consistía en la semejanza de la experiencia intelectual y sentimental vivida en Europa: la sensación de quien vive de prestado. Ambos escritores, al retornar de Europa, se dieron a la tarea de encontrar en la realidad de América—la del Norte y la del Sur—los elementos de una transformación, las características más peculiares y la posibilidad de elaborar un pensamiento nuevo. "Cómo él—cuenta Mariátegui—yo no me sentí americano sino en Europa. Por los caminos de Europa encontré el país de América que yo había dejado y en el que había vivido algo extraño y ausente. Europa me reveló hasta qué punto pertenecía yo a un mundo primitivo y caótico; y al mismo tiempo me impulsó, me esclareció el deber de una tarea americana. Pero de esto, algún tiempo después de mi regreso, yo no tenía una conciencia, una noción nítida. Sabía que Europa cuando parecía haberme conquistado enteramente me había restituido al Perú

y América; mas no me había detenido a analizar el proceso de esa reintegración".

Esé análisis se lo inspiró la experiencia semejante de Frank. Y el escritor norteamericano encontró en Mariátegui al arquetipo del nuevo americano, fervoroso constructor de un pensamiento y de un movimiento nuevos. Coincidieron en algunos puntos y finalidades, discreparon en los métodos, se sintieron espiritualmente afines. Mariátegui anhelaba la realización del sueño de Bolívar en su forma moderna: despojarse de embarazos internos y externos, nacionalizar la propiedad, crear las condiciones materiales en que los hombres vivan y piensen libremente, dominen con la técnica el ámbito material y en partes primitivo que les rodea, para arribar a la especulación desinteresada.

Mariátegui sabía mantener amistades "polémicas", aunque jamás tuvo para Frank sino palabras de elogio, y recíprocamente. ("Es verdad: mi fé, mi amor, mi voluntad creadora en América Hispana, parecían haber encarnado en ese frágil hombre", le escribió Frank a L. A. Sánchez al enterarse del fallecimiento de José Carlos). En una carta a Espinoza, al referirse a Lugones, sin ambages ni reticencias en cuanto a sus ideas y las del poeta, confiesa su simpatía por el adversario. Esta otra amistad con Waldo Frank revela su manera de ser. Cuando la estridencia de los objetivos se reemplaza por el análisis de las ideas, hay quienes no saben disentir. Cuando para satisfacer las conveniencias de oportunidad se desdibujan las diferencias, es mejor trazar la recta del desacuerdo. La ejemplar amistad de los dos escritores americanos interesa subrayarla de este modo en homenaje a la claridad de las ideas.

ANTONIO GALLO.

Bs. Aires, 14-V-42.

La cita con el destino

(En el Rep. Amer.)

Entre los más gratos recuerdos que conservo en mi memoria se encuentra el de una comida que se le dió al actual presidente de Filipinas señor Quezón. A distancia de cerca de cinco años me parece aun verlo a la cabecera de la mesa, delgado, ágil, nervioso, el rostro surcado por profundas arrugas, los ojos ligeramente oblicuos, vivaces e inteligentes, el ademán enérgico y una elocuencia disciplinada por un contacto largo con las costumbres oratorias norteamericanas. El presidente Quezón visitaba México, se asomaba a nuestras costumbres, recorría, con espíritu alerta los lugares que se muestran, a los turistas: Xochimilco, Teotihuacán. . . Pero no era uno de tantos turistas que pasan por el país sin penetrar en su esencia.

No en vano venía del Oriente, y a pesar de su cultura occidental, de su educación norteamericana, tenía la finura, la perspicacia, la sutileza del que ha estado en contacto con una civilización varias veces secular y sabe entender lo que hay bajo la superficie de las cosas y penetrar en el íntimo rincón en que se destilan las más sutiles esencias de la propia cultura.

Se ponía, por primera vez, además, en contacto con una civilización que había estado relacionada con la suya en el pretérito. No sabemos todavía hasta qué punto el oriente fabuloso haya sido el punto de partida de nuestra raza indígena. ¿Qué relación tuvieron nues-